

**Lección Inaugural**  
**Programa de Literatura - Segundo cuatrimestre de 2017**

# **La búsqueda del nostos perdido**

*Por Carolina Rosa Guerra Ariza*

Soy Kankuama, lo que adquiere particular relevancia en el presente, en donde el soy se desvanece para dar paso al estoy, mientras el sujeto pierde su identidad profunda. Se refleja lo anterior en las nuevas tecnologías que indagan constantemente sobre el estar, como si esa necesidad permanente de ratificación del otro nos hiciera más reales.

El Yo-Soy se esconde, además, tras el hacer y el tener: al individuo se lo mide según su oficio, profesión o arte; también según sus ingresos, esto es, no se nos permite una presentación directa sino a través de la mediación de etiquetas, de la generalización que nos hace masa y, paradójicamente, nos hace individuos.

Entre tanto, ¿qué significa ser Kankuama? ¿Por qué enfatizar en ello, a pesar del sino del sujeto posmoderno ya mencionado? Como en todos los pueblos originarios, ese autoreconocimiento tiene varias implicaciones: el que nuestra raíz profunda esté sembrada en el territorio, el que seamos sujetos colectivos y, finalmente, las maneras de leer y escribir que nos caracterizan, que van desde el tejer con hilo y cabuya hasta el hacerlo con palabras. Esta tríada es la base del ser, del estar, del existir e, incluso, del hacer indígenas, elementos que trascienden los tiempos y los espacios para consolidar la noción de comunalidad en donde está la base del soy-Kankuama.

Pero no es tan sencillo como se lo piensa, en ese 'soy-Kankuama' se ocultan las violencias en forma de discriminación que nos llevaron a mimetizar lo indígena en los modos y costumbres que emulábamos de lo español; también las violencias que nos mostraron los peores rostros de la guerra. Así, olvidamos los elementos primarios de nuestra cultura: la lengua, la religión, el vestido... los Kankuamo no sabemos dónde nos salió el sol por primera vez, no sabemos cuál es el mito en donde se cuenta nuestro origen, mucho menos el del cosmos.

Sesgados por elementos foráneos, casi desvanecidos los propios, recorriendo mundos y vidas, entendí, entonces, que el sujeto actual, tal y como sucede con mi pueblo, sufre una ruptura fundamental: la pérdida del nostos, de aquello que ata a los individuos con la tierra natal, así como estamos atados los pueblos originarios.

Entiendo por qué en un mundo tan cambiante y móvil como el actual es necesario dejar de lado el nostos: sus dinámicas así lo exigen, sin embargo, es mucho lo que se pierde al someterse a esta imposición. Preferimos ser Aquiles a Ulises, preferimos la guerra y la fama a la familia y el ingenio.

Tras lo dicho, una pregunta: ¿cómo lograr un punto intermedio entre las exigencias del mundo posmoderno que nos abocan a ser Aquiles y la recuperación del nostos, del apego por la tierra, de las nociones de barrio e historia compartida, de espíritu de cuerpo que subyacen al anhelo de Ulises, al anhelo de lo propio? La respuesta está al alcance de la mano: recordando.

Re – cordis, volver a pasar por el corazón; reconstruir la historia común para llenarla de latidos, permitiendo que los relatos que quedaron durante tanto tiempo en la periferia ocupen su lugar en la recreación de una historia que, al fin, narre a la Colombia total y diversa. Es allí donde la academia tiene un papel determinante desde el logos que crea logos, que trasciende las fronteras de la universidad para reflejarse en la comunidad.

Durante mi primera visita a la UNAB, advirtiéndome que la misma tiene una arquitectura abierta, me dijeron que la intención que subyace a su estructura es el carisma que la mueve, esto es, su querer ser parte de la comunidad que conforma. Siendo este el sitio en el que hoy cerramos un primer ciclo de profesionalización, hacia esa construcción puertas afuera debemos abocar nuestra energía para recuperar el nostos, el camino perdido hacia el territorio, la comunalidad y la palabra: recuperar eso que el rostro de los pueblos originarios aún conserva, que es inherente a nuestros pálpitos y también al de ustedes.

La posmodernidad llegó con su marcha rampante y nos dijo que somos individuos. Lastimosamente, le creímos. El resultado lo vemos: el capitalismo nos envuelve en capas de consumo, las personas nos alejamos, se naturaliza el olvido y se pierde el legado, no nos duele la tierra, nuestro latido es lo ajeno, no buscamos palabras para nombrar lo propio. Entonces ¿qué nos queda? Las futuras generaciones deben tener la opción de mirar de frente a su pasado con el café de la mañana para traer de allí los recuerdos que endulcen sus presentes cada vez. Estoy convencida de que la respuesta para ello es recuperar lo perdido: nostos, memoria y comunalidad, y es allí en donde la universidad y nosotros tenemos un rol fundamental para la Colombia que se recrea en el presente: construir nuestro presente apoyándonos en el pasado pero siempre conscientes del legado futuro.

En el momento actual en donde nuestro país construye su futuro al subvertir el pasado, sólo el recordar nos puede salvar, llenar nuestra memoria de latidos profundos, retomar la noción de sujeto colectivo y el apego por el territorio para reescribir y continuar escribiendo, alejados de la guerra y la inmortalidad y dirigiéndonos al apego a lo propio, a la cultura de lo que nos hace ser colombianos más allá del estar.

La pregunta fundamental es ¿qué elegiremos recordar? ¿nostos y amor?, ¿grandeza y conflicto? Siendo esta una elección, debemos elegir siempre la invención o, como lo diría Julio Cortázar, elegir la “... escritura, literatura, pintura, escultura, agricultura, piscicultura, todas las turas de este mundo. Los valores, turas, la santidad, una tura, la sociedad, una tura, el amor, pura tura, la belleza, tura de turas...”

Gracias miles.